

Continuamente, llegan hasta el atril de su piano las obras nuevas de los jóvenes: Mendelssohn, Chopin, Liszt, Berlioz, Wagner... Ninguno de ellos admite comparación con Roberto. Sólo la música que Roberto compone es absolutamente perfecta.

Por desgracia, esa fe de Clara Wieck no es compartida en todas partes. Al contrario, la música de Shumann es negada, discutida o incomprendida en muchos sitios en donde ella se esfuerza en imponerla. La gloria y el dinero se retrasan, por lo que, a pesar de tener que ocuparse del hogar, que se va llenando de hijos, y a pesar del deseo de Roberto de verla abandonar su carrera de concertista, en la que tan ruidosos triunfos obtiene y para la que no puede renunciar a su nombre, universalmente admirado, de Clara Wieck, ha de seguir actuando en público, lo que a veces produce en Roberto un sordo complejo que le hace exclamar: «¡No soy más que el marido de Clara Wieck!»

Aunque oírle estas palabras la entristece, Clara sabe luchar en todos los terrenos con asombrosa alegría, con una inmensa dulzura necesaria para conllevar las excentricidades de Roberto, con un respeto y una admiración constante a sus nuevas composiciones, que estudia e interpreta como nadie. Oyéndola ejecutarlas, Schumann se arrepiente de aquel complejo y bendice su buena suerte «de poseer una esposa a la que le ligan el arte, las afinidades intelectuales, el hábito de muchos años de amistad y el más profundo y sagrado de los amores». Entonces trabajan juntos llenos de ardor y de entusiasmo. Mas llega otro contrato para Clara y tienen que separarse. Los días de su ausencia les parecen vacíos, ya que «su universo lo constituyen el uno para el otro». Mientras Clara está ausente, Roberto se cree a punto de

morir de tristeza. Pero cuando la ve regresar triunfal, con el dinero ganado y con los recortes de prensa que ensalzan su arte sin par, los terribles celos artísticos vuelve a apoderarse de Schumann y a atormentar a Clara. Incluso, durante días enteros, Roberto, pretextando tener que componer, la impide estudiar el piano.

Si fuese posible, Clara renunciaría a su propia gloria para que sólo brillase la de su marido. Pero la necesidad obliga a soportar aquel martirio un día y otro, pues el estado mental del compositor es cada vez más delicado e interrumpe con etapas de inhibición y depresión su trabajo.

En Düsseldorf, donde ahora viven, nadie ignora que la locura irremediable del gran músico se aproxima, y que un día será necesario apartarle de su familia y de su trabajo. En la Orquesta Municipal, que dirige, se le conceden unas vacaciones. Los médicos le aconsejan reposo. Es fácil imaginar la angustia de Clara. Roberto tiene cuarenta y tres años y su alma está inundada, de magníficas músicas que, por la enfermedad que le consume, no podrán descender a la mano para llegar hasta el pentagrama.

¡Con qué serenidad esuchaba Clara el inexorable diagnóstico de los médicos! ¡Con qué valor comprendía la magnitud de la catástrofe que se cernía sobre su hogar! ¡Con qué heroica entereza sabía disimular ante Roberto, sonreírle, llevarle la corriente cuando se exalta o divaga y vigilar su sueño en los raros momentos de calma! ¡Con cuánta ternura y delicadeza fingía creerle cuando aseguraba que tenía dentro del oído una orquesta, o en voz baja y misteriosa afirmaba que las mesas le transmitían mensajes musicales de los maestros muertos!... La tragedia inminente destroza el corazón de Clara, pero la